

Ben Macintyre

Epílogo de
John Le Carré



Un espía entre amigos

La gran traición de
Kim Philby

Kim Philby fue el más grande espía en la historia, un hombre brillante y encantador que encabezó la contrainteligencia británica contra la Unión Soviética durante el apogeo de la Guerra Fría a la vez que trabajaba en secreto para el enemigo.

Nadie creía conocer mejor a Philby que Nicholas Elliott, su mejor amigo y compañero oficial del MI6. Los dos hombres habían ido a las mismas escuelas, pertenecían a los mismos clubes exclusivos, desarrollaron sus carreras en las labores de inteligencia en tiempo de guerra y largas noches de bebida y juerga. Parecía una locura pensar que Philby podría ser un espía comunista empeñado en subvertir los valores occidentales y el poder del mundo libre.

Pero Philby estaba, secretamente, traicionando a su amigo. Cada palabra de Elliott fue transmitida a Moscú. También en América, Philby había hecho otro poderoso amigo: James Jesus Angleton, el astuto jefe de la CIA. Las revelaciones de Angleton y Elliott ayudaron a Philby a hundir casi cada operación importante del espionaje anglo-estadounidenses durante veinte años, provocando la pérdida de un sinnúmero de operativos. Incluso cuando la red de la sospecha lo fue cercando, y Philby concibió mayores mentiras para proteger su fachada, sus dos amigos nunca lo abandonaron, hasta que fue demasiado tarde. La impresionante verdad de su traición tendría consecuencias devastadoras sobre los dos hombres que pensaban que mejor lo conocían, y en los servicios de inteligencia quedaron totalmente paralizados.

Contada con un suspense palpitante y una aguda penetración psicológica, y basándose en documentos personales y archivos de inteligencia británicos nunca antes vistos, Un

espía entre amigos es el mejor libro de Ben Macintyre y, a la vez, un punto culminante en la historia de la Guerra Fría.

En memoria de Rick Beeston

«Amigos *n.* Término jergal para referirse a los miembros de un servicio de inteligencia; en concreto, término jergal británico con el que se conoce a los miembros del Servicio Secreto de Inteligencia o MI6»^[1].

«Si tuviese que elegir entre traicionar a mi país o a mis amigos, esperarí­a tener las agallas para traicionar a mi país. Tal elección podría escandalizar al lector moderno, que de inmediato estiraría su patriótica mano para coger el teléfono y avisar a la policía. Dante, en cambio, no se habría escandalizado, puesto que colocó a Bruto y a Casio en el último círculo del Infierno porque prefirieron traicionar a su amigo Julio César en lugar de traicionar a Roma, su país».

E. M. FORSTER, 1938^[2]

Prólogo

Existe abundante bibliografía sobre Kim Philby, incluidas las valiosísimas e innovadoras obras de autores como Patrick Seale, Phillip Knightley, Tom Bower, Anthony Cave Brown y Genrikh Borovik. Pero para muchos lectores, Philby sigue siendo un personaje oscuro, como lo es la propia Guerra Fría, frecuentemente mencionada pero poco comprendida. Por otra parte, la publicación en los últimos años de una gran cantidad de material que había estado clasificado, junto con las historias autorizadas del MI5 y el MI6, ha clarificado algunos aspectos tanto del conflicto como del papel de Philby en él.

Esta no es otra biografía de Kim Philby, más bien es un intento de describir un tipo específico de amistad que desempeñó un papel importante en la historia, contada en forma de relato. Trata menos de política, ideología y responsabilidad que de personalidad, carácter y una relación muy británica que nunca antes había sido explorada. Debido a que los archivos del MI6, de la CIA y del KGB siguen siendo secretos, gran parte de las fuentes son secundarias: pruebas de terceros, a menudo presentadas de forma retrospectiva. Los espías son especialmente habilidosos a la hora de olvidar detalles del pasado, y todos los protagonistas de este relato son los responsables, en cierta medida,

de distorsionar su propia historia. Muchos de los «hechos» sobre el caso Philby siguen siendo objeto de acaloradas discusiones, y las teorías conspirativas y de otro tipo son abundantes. Algunos de los aspectos más polémicos se discuten en las notas que figuran al final del libro. Mucho de lo que se ha escrito sobre Philby proviene del recuerdo o la especulación, sin que existan pruebas documentales; una parte está empañada por la propaganda y otra es mera fantasía. Hasta y a menos que se publiquen los archivos oficiales en su totalidad, siempre habrá un toque de misterio que acompañe a estos sucesos. Para el autor de narrativa histórica, esto plantea desafíos particulares. Al encontrarme con versiones contradictorias, diferentes puntos de vista y recuerdos discrepantes, he tenido que pronunciarme sobre la credibilidad de las distintas fuentes y elegir cuáles de los muchos testimonios parecían acercarse más a la realidad. Sin duda alguna, habrá quienes estarán en desacuerdo con mis elecciones. Esto no es una ciencia exacta; pero lo que sigue a continuación es lo más que he podido ajustarme a la historia real.

Este libro no pretende ser la última palabra sobre Kim Philby. Al contrario, procura contar la historia de forma diferente, a través del prisma de la amistad personal, e incluso dar una nueva imagen de uno de los espías más extraordinarios de los últimos tiempos.

Introducción

Beirut, enero de 1963

Dos espías de mediana edad están sentados en un apartamento del barrio cristiano, toman té y se mienten cortésmente el uno al otro mientras cae la noche. Son ingleses; tan ingleses que el hábito de cortesía que los vincula y los separa no flaquea ni un instante. Los sonidos de la calle entran flotando a través de la ventana, las bocinas de los coches y los cascos de los caballos se mezclan con el tintineo de la porcelana y los susurros. Un micrófono, escondido con astucia debajo del sofá, recoge la conversación y la pasa por un cable, a través de un agujerito en el friso de la pared hasta la habitación contigua, donde un tercer hombre se encorva sobre una grabadora, aguzando el oído para descifrar las palabras que recibe a través de unos auriculares de baquelita.

Los dos son viejos amigos. Se conocen desde hace casi treinta años. Pero ahora son enemigos acérrimos, combatientes en bandos opuestos de un conflicto brutal.

Kim Philby y Nicholas Elliott aprendieron juntos el oficio de espía durante la segunda guerra mundial. Cuando la guerra terminó, ambos ascendieron en los rangos de la inteligencia británica, compartiendo hasta el último secreto. Perteneían a los mismos clubes, bebían en los mismos bares, vestían los mismos trajes de buena confección y se ha-

bían casado con mujeres de su «tribu». Pero durante todo ese tiempo, Philby guardó un secreto que nunca compartió: trabajaba de encubierto para Moscú; recogía todo lo que Elliott le decía y les pasaba la información a sus jefes soviéticos.

Elliott ha ido a Beirut para obtener una confesión. Ha colocado micrófonos por todo el apartamento y ha apostado vigilantes en las puertas y en la calle. Quiere saber cuántas personas han muerto por culpa de la traición de Philby. Quiere saber en qué momento se volvió loco. Necesita saber la verdad, o al menos parte de ella. Y cuando la conozca, podrá decidir si Philby debe huir a Moscú, regresar a Gran Bretaña, volver a empezar como agente triple o irse a un bar de Beirut a beber hasta caer muerto. Todo le da igual, se dice Elliott a sí mismo.

Philby conoce bien el juego, lleva tres décadas jugándolo a la perfección. Pero desconoce cuánto sabe Elliott. Quizá la amistad lo salve, como ya lo ha salvado otras veces. Ambos cuentan algunas verdades, adornadas con embustes, y mienten con la fuerza de la más sincera convicción. Una capa sobre otra, un paso adelante y otro atrás.

Mientras cae la noche, prosigue el extraño y letal duelo entre esos dos hombres vinculados por la clase, el club y la educación, pero separados por la ideología; dos hombres con formación y gustos casi idénticos, pero con lealtades encontradas; los enemigos más íntimos. Para alguien que escucha a escondidas, la conversación parece exquisitamente refinada, un ritual inglés ancestral consumado en tierras extranjeras; pero en realidad se trata de una pelea despiadada a puño limpio, la agonía de una amistad sangrante.

1

Aprendiz de espía

Nicholas Elliott se encontraba en el hipódromo de Ascot, viendo cómo *Quashed*, el favorito, ganaba fácilmente por 7-2, y al instante siguiente, para su sorpresa, se había convertido en espía. Era el 15 de junio de 1939, tres meses antes del estallido del conflicto más mortífero de la historia. Tenía veintidós años.

Ocurrió con una copa de champán. El padre de John Nicholas Rede Elliott, sir Claude Aurelius Elliott, oficial de la Orden del Imperio Británico, era el director de Eton, la escuela más prestigiosa de Inglaterra, un célebre alpinista y una de las piedras angulares de la clase dirigente británica. Sir Claude conocía a todo el que era alguien y a nadie que no fuera alguien, y entre los muchos hombres importantes a los que conocía se encontraba sir Robert Vansittart, el principal asesor diplomático del Gobierno de Su Majestad, que mantenía vínculos estrechos con el Servicio Secreto de Inteligencia (SIS), más conocido como MI6, la organización encargada de las labores de inteligencia en el extranjero. Nicholas Elliott había concertado una cita con «Van» en Ascot y, entre copas, mencionó que le gustaría unirse al servicio de inteligencia.

Sir Robert Vansittart sonrió y contestó: «Me alivia que me haya pedido algo tan sencillo»^[1].

«Y eso fue todo», escribió Elliott muchos años después.
[2]

En cuestiones laborales, el amiguismo siempre funcionaba a la perfección.

A primera vista, Nicholas Elliott no tenía madera de espía. Su expediente académico era mediocre. Sabía poco sobre las complejidades de la política internacional, y menos aún sobre la habilidosa y peligrosa partida que jugaba el MI6 durante el período previo a la guerra. De hecho, no sabía absolutamente nada de espionaje, pero le parecía un oficio emocionante, importante y exclusivo. Elliott tenía esa seguridad que solo tienen los jóvenes refinados y acomodados de Eton, acababa de graduarse en Cambridge y gozaba de las conexiones sociales adecuadas. Había nacido para mandar (aunque él nunca lo habría expresado con tan poco tacto), y el club más selecto de Gran Bretaña parecía un buen lugar para empezar.

Los Elliott eran la columna vertebral del Imperio; durante generaciones, habían sido oficiales del ejército, clérigos de alta jerarquía, abogados y administradores coloniales que garantizaban que Gran Bretaña continuase señoreando los mares y gran parte de los territorios situados entremedio. Uno de los abuelos de Elliott había sido vicegobernador de Bengala; el otro, un alto magistrado. Al igual que muchas familias inglesas pudientes, los Elliott también destacaban por sus excentricidades. El tío abuelo de Nicholas, Edgar, era conocido por haber apostado con otro oficial del ejército indio a que podía fumarse una cantidad de puros equivalente a su altura todos los días durante tres meses. Fumó hasta morir dos meses después. Se dice que su tía abuela Blanche «enfermó de amor»^[3] cuando tenía veintiséis años y que a partir de entonces se postró en la cama y permaneció en ella durante cincuenta años. La tía Nancy creía firmemente que los católicos no estaban capacitados para tener mascotas porque creían que los animales care-

cían de alma. La familia también manifestaba una fascinación profunda, pero con frecuencia fatal, por el alpinismo. El tío de Nicholas, el reverendo Julius Elliott, cayó del monte Cervino en 1869, poco tiempo después de conocer a Gustave Flaubert, quien dijo de él que era «el perfecto caballero inglés»^[4]. La excentricidad es uno de esos rasgos ingleses que parecen denotar fragilidad, pero que en realidad enmascaran una fortaleza oculta: individualidad disfrazada de rareza.

La infancia de Nicholas se vio ensombrecida por su padre, Claude, hombre de inquebrantables principios victorianos y fieros prejuicios. Claude aborrecía la música, le resultaba indigesta; opinaba que cualquier forma de afecto era sinónimo de «amaneramiento»^[5], y creía que «a la hora de tratar con extranjeros lo mejor era gritarles en inglés»^[6]. Antes de ser el director de Eton, Claude Elliott había enseñado historia en la Universidad de Cambridge, a pesar de profesar una desconfianza inveterada hacia los académicos y aversión a las conversaciones intelectuales. Sin embargo, las largas vacaciones universitarias le dejaban tiempo suficiente para dedicarse al alpinismo. Podría haber sido el alpinista más célebre de su generación de no ser por una lesión de rótula provocada por una caída en el Distrito de los Lagos, lo que le impidió acompañar a Mallory en su expedición al Everest. Por ser una persona dominante tanto en el plano físico como el psicológico, los chicos de Eton lo apodaban «el Emperador». Nicholas profesaba un respeto reverencial hacia su padre. Claude, en cambio, o bien ignoraba o bien martirizaba a su único hijo; al igual que muchos padres de su época y clase, creía que manifestar afecto podía hacer que su descendiente se volviera «blando» y, muy posiblemente, homosexual. Nicholas creció convencido de que «Claude se sentía muy avergonzado por mi mera existencia»^[7]. La madre, en palabras de su único hijo, evitaba

todo tema de conversación íntimo, incluidos «Dios, la Enfermedad y las Partes Bajas»^[8].

El joven Elliott, por consiguiente, fue criado por una serie de niñeras, hasta que lo llevaron a Durnford School, en Dorset, escuela conocida por su tradición de brutalidad extrema, incluso para los estándares de los colegios británicos: cada mañana los chicos debían sumergirse desnudos en una piscina sin climatizar por el simple placer del director, cuya esposa se pasaba las tardes leyendo literatura edificante en voz alta, con las piernas extendidas sobre dos niños pequeños, mientras un tercero le hacía cosquillas en la planta de los pies. No había fruta fresca ni baños con puerta, no se impedía el acoso entre compañeros ni existía la posibilidad de escapar. Hoy en día, una institución así sería ilegal; pero en 1925, se consideraba que «formaba el carácter». Elliott salió del colegio convencido de que «nunca podría ocurrirle nada tan desagradable»^[9], con un arraigado menosprecio hacia la autoridad y un sentido del humor a prueba de bomba.

Eton parecía el paraíso comparado con el «puro infierno»^[10] de Durnford, y el hecho de que su padre fuera el director no representaba ningún problema para Nicholas, puesto que Claude actuaba como si él no estuviera allí. El joven Elliott, inteligentísimo, alegre y holgazán, se esforzaba lo justo para aprobar. «La exagerada legibilidad de su letra solo sirve para revelar su incompetencia para la ortografía»^[11], ponía en uno de sus boletines de notas. Fue admitido en su primer club, el Pop, una institución etoniana reservada para los chicos más populares del colegio. Fue en Eton donde Elliott descubrió su habilidad para hacer amigos. Años más tarde, diría que esa era su destreza principal, la que había sentado las bases de su carrera.

Basil Fisher fue su primer y más íntimo amigo. Fisher, un personaje cautivador con un expediente académico y deportivo impecable, era el capitán del equipo, el presidente

del Pop y el hijo de un auténtico héroe de guerra: Basil padre, fallecido a manos de un francotirador turco en Gaza en 1917. Los dos amigos compartían comidas, pasaban las vacaciones juntos y, alguna que otra vez, se colaban en la casa del director cuando Claude salía a cenar y jugar al billar. Las fotografías de la época los muestran tomados del brazo, sonriendo abiertamente. Puede que hubiera un elemento sexual en su relación, pero quizá no. Hasta la fecha, Elliott solo había amado a su niñera, «Ducky Bit» (se desconoce su verdadero nombre). Lo que sentía por Basil Fisher era adoración.

En el otoño de 1935, los dos amigos fueron a Cambridge. Como era de esperar, Elliott fue al Trinity, el *college* al que había asistido su padre. En su primer día en la universidad, Elliott visitó al escritor y profesor de historia Robert Gittings, conocido de su padre, para preguntarle algo que le había estado quitando el sueño: «¿Cuánto y en qué debo esforzarme?»^[12]. Gittings se caracterizaba por un juez severo de la personalidad ajena. Tal y como Elliott recordó: «Me recomendó encarecidamente que dedicara mis tres años en Cambridge a divertirme mientras no estallaba la siguiente guerra»^[13], consejo que Elliott siguió al pie de la letra: jugaba al críquet, salía de paseo en batea, conducía un Hillman Minx por la ciudad y asistía y organizaba sonadas fiestas. Leía muchas novelas de espías. Los fines de semana salía de caza o asistía a las carreras de Newmarket. Durante la década de los treinta, Cambridge era un hervidero de conflictos ideológicos: Hitler había tomado el poder en 1933, la guerra civil española se desencadenaría en 1936; la extrema derecha y la extrema izquierda combatían en las aulas universitarias y en las calles. Pero Elliott estaba al margen del fervoroso clima político; estaba demasiado ocupado divirtiéndose y apenas abría los libros. Tres años más tarde, se graduó con muchos amigos pero sin honores, re-

sultado que consideró «un triunfo sobre los examinadores»^[14].

Nicholas Elliott salió de Cambridge con todas las ventajas sociales y educativas, y sin la menor idea de lo que quería hacer. Sin embargo, bajo esa apariencia complaciente y convencional y su «lánguida actitud de clase alta»^[15], se escondía una personalidad más compleja, un aventurero con una veta subversiva. La rigidez victoriana de Claude Elliott le había inculcado una profunda aversión a las reglas. «Nunca seré un buen soldado porque no soy lo suficientemente dócil ante la disciplina»^[16], diría él. Cuando le ordenaban algo, normalmente «no acataba la orden del superior, sino la orden que este le habría dado si realmente supiera de lo que hablaba»^[17]. Tenía una personalidad fuerte (la brutalidad de Durnford se había encargado de ello), pero también era sensible, consecuencia de una infancia solitaria. Como muchos ingleses, ocultaba su timidez detrás del aluvión defensivo de la broma. Otro de los legados de su padre fue la convicción de que no era una persona atractiva; Claude le dijo una vez que era «espantoso»^[18] y él creció convencido de que era cierto. Ciertamente Elliott no poseía una belleza convencional: era desgarrado, de rostro delgado y llevaba gafas de montura gruesa, pero poseía aplomo, un ligero aire de picardía y una jovialidad resuelta que atraía a las mujeres de forma instantánea. Necesitó muchos años para llegar a la conclusión de que «no era más o menos difícil mirarme a mí que a mis compañeros»^[19]. Además del conservadurismo innato, también había heredado de su familia la propensión a la excentricidad. No era esnob. Era capaz de entablar conversación con cualquier persona sobre cualquier tema. No creía en Dios, ni en Marx, ni en el capitalismo; tenía fe en el rey, en el país, en la clase y en el club (el White's Club, en su caso, un club de caballeros en St. James's). Pero por encima de todas las cosas, creía en la amistad.